

## Iremos a vivir a la orilla del mar

### Flores

La semana pasada, justo el tres de enero decidí cambiar de lugar los muebles de mi espacio personal pues llevaba meses sintiéndome inconforme con el desmadre horrible que tenía. Era algo que pretendía que funcionara como reconstrucción, pues de ahí derivarían las posibilidades de creación forzosa y deseada que necesito. Y entonces lo hice, moví mis muebles, sacudí, escombré. Ahora que lo pienso hay algo como una regla de fechas en mi vida, a la cual no me atengo pero, una vez más vuelvo a comprobarlo: los veintidos de diciembre y los tres de enero suelen pasarme cosas feas y bonitas, en ese orden. No quiero ponerme a enumerar lo que he vivido esos días, porque además ni recuerdo todo, pero sí puedo nombrar algunos sucesos que me parecen cruciales para introducir mi presente.

I

El veintidos de diciembre del 2017, se torna en mi vida como un *punte de amor equilibrado* que daría fin a una relación afectiva que estuve construyendo en par con Valeria, terminamos dos meses antes de que el tercer aniversario sucediera. Le llamo *punte de amor equilibrado* porque fue un día entre dos bastante caóticos, sintientes y dolorosos. Un día antes, ella y yo habíamos discutido, en el puente yo le pedía disculpas, bailábamos, reíamos y nos acariciábamos nuestro cabellito. Al siguiente día decidimos separarnos.

Un año después, hace apenas unos días, rememoraba la situación. En esta onda de *cierre de ciclos impuestos*, fin de año por decir uno, intentaba escribir algo referente a modo de ritual, a modo de despedir algunas cosas que viví en 2018. La verdad es que no le eché muchas ganas porque ya sabía que estas cosas que quería despedir no se iban a ir así nomás, lo sentía de alguna manera. Por eso le llamo *cierre de ciclo impuesto*, porque te dicen que se cierra algo y lo único que de verdad se cierra es la cuenta del tiempo establecida por alguien en algún momento del mismo tiempo. Pero bueno, el punto es que sabía que estas cosas que siento no iban a irse solamente porque el año estaba cambiando en número, is not that easy, pero sí me sentí tranquila de saber que tenía todo un año nuevo para empezar

a deshacerme, limpiarme, mudar las pieles que me puse en 2018... no porque estén feas o sean frías, de hecho, son todo lo contrario, son tan calientes que son pesadas, son tan perfectas que me incomodan... pero también son bonitas y hay cosas que deseo conservar, probablemente por eso me cuesta tanto trabajo entender que hay ciclos que debo cerrar, aunque no quiera, aunque me duela, aunque se me complique hasta la vela que no tiene qué ver en el entierro.

Como decía, rememorando la situación pensaba que, después de treinta y dos días de separar de una manera mi cuerpo y alma de Valeria, decidí que quería salir con más personas. Decidí abrir una cuenta en Tinder y decidí que aceptaría conocer a más mujeres. Lo que sucede entre el medio y lo que sucede al final -el final es incluso ahora, intento que suceda- son enclaves que se me incrustaron y que forman ya parte de mí.

Fue antes de esta treintena de días que conté, cuando escribí a Valeria para despedirme de ella, no le escribí a ella, la escribí a ella porque al otro día tenía una tinderdate, no sé por qué tengo tan contado el tiempo, pero me conozco los días, que son un año después más o menos: estos que estoy pasando ahora. Me conozco los días porque ahora que rememoro, me sorprende saber que en ese entonces la cantidad de tiempo se me hacía infinita. Y me decía cosas como: ya pasó más de una treintena de días, y yo sentía que esa treintena de días había sido un camino longevo y difícil. Yo me sentía esa treintena de días como el trayecto finito del héroe de las mil caras<sup>1</sup>, sentía que había cruzado bajo un monzón dramático como chaparrón en ese territorio que era mi cama y dónde la lluvia eran mis lágrimas. Yo sentía que esa treintena de días estaba terminando, tenía que terminar. Y entonces escribí. Y escribí llorando, y escribí despidiéndome y terminé escribiendo. Después comenzó lo que podría denominar ahorita, nomás por ponerle un nombre, el aguacero permanente, aguacero bonito como la canción de Perota chingo<sup>2</sup>. Fue un aguacero de aguas que no conocía y que deje que me empaparan. Ellas, las aguas.

II

---

<sup>1</sup> El héroe de las mil caras, Joseph Campbell, 1949.

<sup>2</sup> Aguacero, Perota Chingo, <https://www.letras.com/perota-chingo/aguacero/>

Las conocí en algún espacio de esta ciudad mounstro, recuerdo haber llegado tarde porque quería hacerme la interesante y con una sed terrible por haber caminado el equivalente a unas cinco cuadras. “¿Quieres ir a casa?” algo como eso dijeron después de que estuvimos platicando un rato, y yo con esas ganas de saciedad infinita que tiene una y que Catalina<sup>3</sup> representa muy bien con el símil que refiere a que tener el corazón roto es como andar borracha eufórica, acepté.

### III

Escribo para despedirme, pero no siempre funciona. Ahora, estoy a unos días de rememorar el día en que eso sucedió, estoy a unos pasos de comprar unas flores porque estoy a cuatro días de comenzar un ritual que las incluye. Incluye a las flores, incluye los amores, incluye las paciencias y las no paciencias. Estoy, después de esa torrencial inundación, en el momento que Jhosep Campbell llama la resurrección de la heroína, intentando conocer estas pieles de 2018 que también son yo, que sí son pesadas y calientes, pero también me cubren, estoy conociendo y aprehendiendo lo que fui, lo que hice, lo que decidí, lo que dije y lo que no dije, lo que no hice. Lo que sentí. Estoy en ese momento en el que las heroínas saben que son fuertes, pero necesitan descansar un rato.

Como sea, sé desde hace algunos años, que los veintidos de diciembre y los tres de enero suelen pasar crucialidades que modifican mi andar en la vida, pero tampoco me ando condicionando, no es que diga “¡ah, hoy es tres de enero, toca hacer algo bonito!” no. El tres de enero decidí cambiar de lugar los muebles de mi espacio personal porque llevo meses sintiéndome inconforme con el desmadre horrible que tengo, y eso, lo bonito de este tres de enero es que algo en mí se activó para moverme, para cuidarme y para ser paciente conmigo mientras sucede esta resurrección.

---

<sup>3</sup> Todos los días son nuestros, Catalina Aguilar Mastreta, Océano, 2017.

## Ya soy Claudia

Mi nombre es largo, lo suficiente como para que parezca de telenovela. En cuanto a mis nombres, mi mamá y mi papá no tienen historias de peso del por qué los eligieron. Sólo los eligieron y ya. Sólo les gustaron y ya. He vivido veintisiete años con estos nombres, he pasado por la educación básica, media y superior, presentándome con ellos. Digo esto porque, creo que es cuando más veces se repite el nombre de una, ya sea desde fuera o desde dentro. Tooodos los días escuchas mencionar tu nombre al menos una vez al día cuando te pasan lista; el asunto incrementa en la secundaria cuando tienes hasta seis materias al día y debes responder para comprobar tu existencia en esas seis clases, sin contar los citatorios, recados, diplomas, menciones honoríficas, premios, galardones, homenajes, películas en tu honor, canciones hechas para ti, etcétera, etcétera, etcétera.

Recuerdo que en la primaria odiaba con todo mi pequeño ser que convirtieran mi nombre en diminutivo: Kari, Karinita, Karinitita. Ahora pienso que cuando niña, solía ser bastante dura, quizá para los ojos de los demás, que siempre esperan que una niña sea tierna o delicada. Yo odiaba que me dijeran “Karinita”. Ahora en mi familia sanguínea existen personas que me dicen “Karis” y eso, más que tolerarlo, lo dejo pasar porque ahora sí tengo prioridades.

Mi nombre es Claudia Karina. Ahora, dependiendo de en qué año haya conocido a alguien, me nombran Claudia o Karina. Antes de cumplir veintitres años, antes de entrar a la licenciatura, la gente me llamaba y me conocía como Karina. En mi familia, mi mamá y mi papá únicamente utilizaban Claudia para mostrarse duros conmigo si la ocasión lo ameritaba; mi hermana y hermano repetían el ejemplo como para sentir autoridad sobre mí, lo hacen, lo hacemos los tres porque los tres tenemos dos nombres y uno siempre es utilizado más que el otro.

Mi nombre es Claudia Karina, dependiendo de en qué año haya conocido a alguien, me nombran Claudia ó Karina. Tengo amigas que conozco desde antes de ser Claudia y me nombran Karina, pero tengo amigas que conocen a estas primeras

amigas que me conocen después de ser Karina, o sea, cuando ya fui Claudia, y cuando nos juntamos todas, unas me dicen Claudia y otras me dicen Karina.

Una de estas primeras amigas, Mariana, me conoce como Karina. Trabajamos en el mismo lugar y ella me presentó con todos como Karina, aun cuando ya era Claudia en otros espacios, así que, en este espacio a veces tengo dos identidades al mismo tiempo porque, como yo soy Claudia, me presento así cuando debo ejecutar relaciones laborales con gente externa a la empresa. Al principio, cuando llamaban a la oficina o cuando iban a recoger o dejar algún paquete preguntando por Claudia, todos menos Mariana, negaban la existencia de una Claudia ahí dentro. En algunos espacios suelo ser únicamente Claudia. Ya en muy pocos soy sólo Karina.

## Pilares

Recientemente he tenido cierto miedo a padecer, después, alguna enfermedad que tenga que ver con pérdida de la memoria. Esto me preocupa porque, la mayoría de las cosas a las que me dedico tienen que ver con recordar eventos o sucesos que debo tener en cuenta para escribir, analizar o demás. Lo digo como un miedo verdadero, pero quizá sea hipocondría, no lo sé. Entonces, a veces olvido cosas muy importantes, pero no olvido las palabras que me han regalado mujeres que me importan, a veces las escribo. A veces trato de guardarlas, pero otras veces sólo se van.

I

Cuando era muy pequeña tenía una tía que me regalaba libros al por mayor, ella era un referente muy importante en mi vida y desde siempre tomaba muy en cuenta su opinión para todo porque me parecía una mujer particular y que sobresalía con ideas brillantes que yo no escuchaba más que de su boca. Recuerdo que hablaba mucho sobre la autonomía e independencia necesarias para la construcción personal de las mujeres, decía cosas como “cuando tú tengas tu novio, es importante que cada uno tenga su casa” ó “Yo no tengo hijos porque prefiero hacer cosas para mí”. Con el tiempo estas ideas se vieron enmarañadas, a mi parecer, en una red de contradicciones, como a muchas nos pasa. Sin embargo, yo me había quedado con las ideas brillantes de la mujer que me compartía libros y me decía cosas como “Cuando sientas algo que no puedes decir, escríbelo”. Esta frase me resuena y vivo con ella desde que tenía once años, cuando en la primaria, al pasar al sexto grado, conocí a la primera persona que me intimidaba hasta la ansiedad, una ansiedad de once años, claro. Esta persona era una maestra que tenía fama de ser muy estricta y por la cual algunas mamás, pertenecientes a la comunidad de una escuela primaria pública ubicada en el estado de México, agradecían su existencia.

Yo, hasta ese entonces, era una perita en dulce, sacaba puro diez y era bastante popular entre mis compañeritos y compañeritas, recuerdo que confiaba mucho en las personitas que me rodeaban, confiaba al grado de decir “agárralos, están en mi mochila” cuando alguien me pedía prestados mis colores, mi sacapuntas, lo que



fuera. Claro, tenía once años, después conocí el mundo cruel y despiadado y me volví una niña puberta muy envidiosa y desconfiada, creo que sigo en las mismas, pero ya en mi adultez.

Cómo sea, la maestra super exigente, Alejandra, me provocaba un temor que yo no había experimentado antes: “Claudia, [(¡me decía Claudia cuando yo aún no era Claudia!)], si quieres estar afuera puedes tomar tus cosas y salirte” me dijo una vez mientras yo miraba hacía el patio a través de la ventana; volteé la mirada inmediatamente y sólo mencioné que la estaba escuchando, que sí estaba poniendo atención a lo que decía, pero creo que ella no recordaba que cuando una es niña puede hacer muchas cosas a la vez, puede recordarlo todo, escucharlo todo. Yo, hasta el momento, extraño ese maravilloso super poder de recordar cada palabra que te dicen, de tener esa super memoria y capacidad de absorción que se tienen a esa edad, la capacidad para confiar en el mundo y sus alrededores, recuerdo y me sorprende al pensar cómo era posible que yo pudiera hacer esas cosas.

Por esos días, yo le platicué a la tía de los libros lo que sucedía con esta maestra, ella lanzó aquello de escribir lo que no se puede decir, y me recomendó que le escribiera una carta. Así lo hice, y la entregué a su destinataria, no recuerdo cómo pero se la entregué. Unos meses después nos avisaron que la maestra se iba a retirar, que nos la iban a cambiar. Yo en ese entonces pensé que había sido mi culpa y me sentía un poquito mal, hasta que un día antes de que ella se fuera, me llamó a su escritorio... caminé con un pánico chiquito dentro de mí, ella sólo me entregó un sobre y dijo “esto es tuyo”, al ver el sobre sólo sentí tristeza, creí que me había regresado la carta que le había escrito y sentí que había escrito una carta en vano. Regresé a mi lugar y guardé el sobre. Cuando llegué a mi casa la sorpresa fue emocionante, al abrirlo tenía una carta escrita por ella, en la que se disculpaba por ser tan estricta y donde me comunicaba que ya no trabajaría más ahí porque le habían ofrecido otro trabajo, me decía cosas como que ya no íbamos a sufrir por su manera de ser y que yo era muy valiente por habérselo dicho. En fin, esa historia de sexto grado de primaria no termina tan triste como se lee. A la semana siguiente ingresó una nueva maestra, una muchacha joven y bonita, de la que, después de mucho tiempo me di cuenta, fue de las primeras mujeres de las que me enamoré.

Esto del enamoramiento lo pienso hasta ahorita, ya cuando me pongo a recapitular estas historias en mi vida, en ese entonces creo que ni siquiera sabía lo que era enamorarse. Esta nueva maestra, Mari Cruz, era muy vivaz con el grupo, una vez, mientras recorríamos el zoológico de Zumpango como parte de una excursión, me pasó el brazo por el hombro y me empezó a hacer airecito con una cosa que ella estaba usando como abanico y dijo ante mi asombro “¿qué? te apuesto a que no has tenido una maestra que te consienta tanto” nos reímos todas las que caminábamos juntas y me pregunté si la maestra anterior haría algo así.

II

Unos años después, ya casi para salir de la secundaria, en la que no había sido exactamente la niña más popular, yo estaba ya segura de mi atracción sexual y afectiva por las mujeres, en ese entonces, de mi edad. Primero le platicué a mi mamá y todo salió perfectamente bien. Después, corrí, no literal, a decirle a mi tía, la de las ideas nuevas que contrastaban demasiado con el Ecatepec en el que yo vivía, con la profunda devoción a la religión católica de mi papá y con el mundo que me rodeaba. Corrí a platicarle a mi tía, porque con todo y su bonche de ideas nuevas, quién quitaba y ella podía contarme más de aquel mundo que yo acababa de descubrir, pero del que no sabía mucho porque no lo había observado en otros espacios. “No estés diciendo esas cosas, y mucho menos se lo digas a tu mamá porque ella no tiene referentes para entenderlo y sólo la vas a lastimar”. En ese momento sentí como toda la confianza que yo tenía depositada en ella se desvanecía. Ya nunca le volví a mencionar el tema, hasta apenas saliendo de mi adolescencia, cuando comencé a estudiar antropología, a leer sobre feminismo y demás ideas. Antes de eso me daba miedo encontrármela por las calles de la ciudad mientras yo caminaba de la mano con alguna novia que tuviera.

El intermedio entre estos dos últimos sucesos se dio bien, ella siguió compartiéndome libros, platicaba conmigo, todo eso salió bien mientras yo no fuera completamente honesta con ella, o conmigo ya pensándolo bien, es decir, todo salió bien mientras estuviéramos ignorando mi condición de mujer lesbiana.

### III

“Eres mi hija y no voy a dejar de quererte” dijo mi mamá cuando le dije que me gustaban las niñas y no los niños, yo tenía catorce años cuando eso sucedió. Desde siempre mi mamá ha sido el pilar más importante para sostenerme firme en esta decisión y asunción de ser lesbiana. Aun cuando me ve llorar por fulanita o sultanita y me dice “ya conocerás a alguien más” y si a ellas las llega a ver, las saluda de tan amigas como siempre. Por ejemplo, Valeria. Ella y mi mamá se siguen en Instagram, en Facebook y en what’s app, se comparten videos e imágenes de gatitos todo el tiempo, se likean sus fotos y todo. Unas horas antes del terremoto de septiembre del 2017, mi mamá le recordó a Valeria y no a mí, del macro simulacro por el terremoto de 1985. A ese grado mi mamá se convirtió en un pilar para mi lesbiandad.

## Contemplativa

I

A veces, me paro frente al espejo, pero no logro decirme mucho  
Sólo me observo  
Me reconozco  
Me cuento, me platico cosas como:

las horas que contaremos, que corretearemos  
o las que contamos y correteamos  
las horas y los espacios que transitaremos  
o las que transitamos  
y entonces  
también  
me miro y me platico y me digo:  
habrá personas que nos miren,  
y habrá personas que miraremos y pensaremos:  
ojalá nos miren lo que queremos que nos miren

mi yo del espejo me dice entonces:  
las personas que tocarán  
(o tocaron)  
nuestro cabello  
las personas que tocarán  
(o tocaron)  
nuestra piel  
las personas que nos nombrarán  
o nos nombraron  
partes del cuerpo  
apropiándolas no para llevárselas  
sino para quedarse

II

a veces, cuando estoy frente al espejo  
también  
me desconozco  
me miro  
y no me encuentro

pero me cuento cosas, y me confío, para quedarme un poquito más tranquila:  
detrás del espejo, tengo tesoros,  
tengo cartas que me/te he escrito  
a mí/ti misma  
y están cerradas  
están cubiertas de avisos  
que rezan: no me abras hasta 2022

II

hubo veces que me miré al espejo,  
para abrazar los cachos que veía volando en despartición  
y me veía llorar sin humedecer mi rostro  
caían lagrimas a mi vientre,  
caía agua de mí  
y mis manos no se movían  
mis manos no me detenían  
mis manos no me tocaban

III

hoy me miré al espejo  
y me vi tan nítida  
que me asusté  
me vi tan nítida  
que pude notar  
las arrugas de la tristeza que me aquejó  
cuando salí del kínder y no vi más el patio enorme lleno de niñas y niños jugando  
pude notar que le hacían falta a mis ojos  
los arboles a los que me aferraba al subir,  
cuando aún podía subirlos

hoy me vi al espejo y me vi tan nítida que me asusté  
pude ver los pelitos que me habitan debajo de la barbilla  
pude ver el barrito grande y rojo que me erupcionó  
pude ver mi ojo hinchado por la alergia me que causan  
los pelos de los gatos

IV

hubo veces que me miré al espejo  
y me sentí plena  
hubo veces que me miré al espejo  
o miré al espejo en mí  
o el espejo se miró en mí

y yo sólo  
miro en el espejo  
las personas que fui, las que soy, las que seré

### **“¡Ah! ¿Con que fetichista?”**

De chiquita guardaba libros, guardaba cartas, guardaba recortes de revistas de mis cantantes favoritas o de las series televisivas que me gustaban. Guardaba, también, los dibujos o pinturas que me hacían sentir tener una identidad definida o al menos una a la que pudiera anclarme cuando no estuviera o me sintiera segura, de ahí me agarraba. O ahí me caía. La cosa cambia, pero no tanto con el paso del tiempo. Sigo guardando cartas, algunas son más ligeras que otras; ya me deshice de algunos libros y definitivamente ya no guardo recortes de mis cantantes favoritas. Ahora tengo fotos, muchas fotos. Y otro montón de cosas que necesitan historias propias.

#### **El fetiche de la virgencita**

El 12 de diciembre de 2017 me hice una foto con un estandarte de la virgen de Guadalupe en el pasillo donde venden muchas cosas por el día festivo de esta mujer -que no sé si es simbólica o más bien mitológica- y me la guardaron en un llaverito en forma de corazón, en ese puestecito las impresora arrojaba dos fotos por papelito, ¿qué vas a hacer con la otra? le pregunté a la chava, nada, las tiramos, me respondió, ¿en cuánto me la vendes? le pregunté, siete pesos, me dijo. Y me llevé mi llavero y mi mini foto completa, como de que no.

#### **El fetiche de la credencial de la ENAH y la credencial con seis hoyos**

Pues con la novedad de que, las credenciales que me acreditan o me acreditaron alguna vez como estudiante, son como tesoros invaluables -porque neta nadie pagaría por ellos- del tiempo que ha pasado encima de mí o de cómo yo le he pasado encima al tiempo y encima le he pasado pasando encima de muchos lugares que requieren de una identificación con foto y, la verdad yo felicísima de ir a hacerme fotos que guardan un cachito de mí, y mi cara en primer plano, en fotos de tamaño infantil, para poder usar una sola y guardar todas las demás.

Antes de entrar a la ENAH, tomé clases en el cenlex de santo tomas durante tres años y cada cierto tiempo teníamos que renovar la credencial porque una podía durar ahí como mínimo 2 meses, pero la credencial te permitía pasar otros dos bimestres más, aunque ya no fueras alumna. Entonces las credenciales cambiaban

de color cada tres bimestres, y había que cambiar credencial cada tres bimestres. En una ocasión de trámite irregular y con mi credencial caducada, tuve que pasar a la oficina de la directora quien me pidió mi credencial para poder renovármela, cuando vi que no tenía intenciones de devolverme la viejita, le pregunté ¿se va a quedar con mi credencial? ella respondió ¿para qué la necesitas? y yo dije “me gusta tenerlas”, me miró extrañada, tomó mi credencial y le hizo seis hoyitos con una perforadora, no fuera a ser que usara la credencial para cometer un grave crimen, y me la devolvió. Ahora que veo y reviso todas estas credenciales recuerdo los momentos específicos en los que estaba cuando me tomaron la foto. Hay una, de color naranja, en la que salgo hecha un desastre porque ese día tenía 38 grados de temperatura corporal y así fui, por mi foto de credencial que se sacaba sólo un día sin excepciones, ese día que mi cuerpo eligió para cargar una fiebre terrible. Aquí no termina la cosa con las credenciales. En la ENAH, éstas suelen ser artefactos de muy poca validez para la institución y de mucha significación para la estudiante que fui durante los cuatro años de la carrera. Mientras que la credencial nos la exigen resellada en la tiendita de a la vuelta para podernos vender unas caguamas o nos salvaba económicamente con un maravilloso descuento sobre nuestros boletos de camión fuera de periodos vacacionales cada que teníamos que hacer trabajo de campo fuera de la ciudad, en la ENAH, a la entrada podíamos incluso sacar la tarjeta del metro pasándola como identificación y pasaba totalmente desapercibida. La única que nos exigía la credencial dentro de la escuela, era la chava que se encargaba de repartir equipos de cómputo en la sala de medios digitales, de ahí en fuera, cuando pasábamos a la oficina de servicios escolares, los encargados de hacernos la foto para la credencial nos hacían reír para que saliéramos lo más horribles posible en la foto, no digo que fuera su intención, pero así pasaba; les mando un saludo, de hecho, si llegan a leer esto, pero una cosa sí quiero decir: los ángulos en picada para tomar fotografías sólo funcionan en selfies y cuando eres emo, y esa etapa ya quedó obsoleta en muchas de nosotras, al menos desde hace unos diez años.

Por cierto, en la administración de servicios escolares me preguntaron ¿¡para qué quieres la credencial vieja!? un tanto sorprendidos, me gusta conservarlas, dije, ¡ajá,

fetichista de la mercancía! ¿eh?, y pues me regresaron mi credencial esta vez sin ningún tipo de perforación. Ay, estas personas antropólogas, como las amo.

### **Fetichista del recuerdo de mi abuelita que perdí en la alberca olímpica**

Hace algunos años, quizá más de diez, pasaba la tarde en la sala de la casa de mi abuelita materna, mamá Nachita, le decíamos. Solíamos ver las telenovelas en la sala después de haber comido, mientras esperábamos que llegaran uno a uno los hijos y las hijas que hacían falta durante el día. Mi mamá era la primera en llegar. Nos sentábamos frente a la televisión y yo, en mi temprana adolescencia, a veces me tiraba en la alfombra mientras la vida pasaba, pensando en el café con leche fríasima que me tomaría al día siguiente al ser la primera en llegar con mamá Nachita, que se la pasaba sola hasta que yo llegaba, naturalmente.

A mí siempre me ha gustado jugar con las cosas de mi mamá, con sus cuadernos, sus plumas, sus suéteres que me gusta ponerme después de que ella se los ha puesto. Me gusta revisar sus cosas y oler su ropa en mí. En ese entonces, me gustaba quitarle sus pulseras, relojes y anillos, y observarlos, ponerlos en mí. Ese día me puse una pulsera que me gustó muchísimo y no me la quite mencionando “ya es mía”, mi mamá, por supuesto alarmando a mamá Nachita, dijo “mire, mamá, Karina me está quitando mi pulsera, ya no me la quiere dar”, la sorpresa se asomó para las dos cuando mamá Nachita contestó “déjasela, luego te compro otra”. En un lapso combinado de impacto, ternura, obediencia, asombro y estupefacción, las dos acatamos con amor las palabras de mamá Nachita, y la pulsera se quedó en mi muñeca desde ese entonces, nunca me la quitaba, ni siquiera para entrar a la alberca, ni siquiera para bañarme, ni siquiera para dormir. Mis novias conocían mi pulsera e incluso se apropiaban de ella como parte de rituales, de esos rituales en donde alguien quiere un objeto del otro para sentir a la otra cerca. Entonces la pulsera a veces no estaba conmigo, pero sí, hasta el día en que la perdí.

Nado, cuando es posible, de martes a viernes. Más o menos en 2017, haciendo una rutina muy intensa de mariposa, perdí la pulsera sin darme cuenta, es decir, la pulsera se desabrochó mientras nadaba. No me di cuenta hasta que anocheció y recuerdo haberme sentido culpable por no revisar mi muñeca en todo el día, ni siquiera cuando me bañaba en las regaderas del deportivo, aunque sabía que ni

siquiera eso hubiera servido, la única posibilidad era que estuviera a unos 6 metros de profundidad en algún espacio de la inmensa alberca olímpica.

Yo la tengo, me dijo Valeria, quien, como en Pedro y el lobo, antes de la pérdida garrafal, se la pasaba escondiéndomela. Yo la tengo, me dijo, cuando me di cuenta de que no la tenía puesta, Yo la tengo, me dijo, como en tantas otras ocasiones y me la regresaba después de diez minutos. Esta última vez se ganó mi desbeneficio de la duda, porque ese *Yo la tengo* me sembró un cachito de esperanza fugaz que rápido se convertía en incertidumbre, desazón y tristeza, y diario, durante meses enteros, después de las lágrimas gordas que le lloré ahí parada en el metro hidalgo a las nueve y algo de la noche a esa pulsera, le exigía que me la devolviera.

En mi último cumpleaños mi mamá me sorprendió con una pulsera casi idéntica a la que teníamos ya. Quiero decir que siento y percibo toda esa historia dentro de esta que es nueva, pero a la vez no lo es.

### **Fetichismo delfín y del fin**

Creo que estoy empezando a darme cuenta de que me la he pasado, inconscientemente, construyendo estrategias para no olvidar. Y estoy agradecida conmigo por hacer esto por mí, por recordarme cosas, por mirar lugares, por sentir personas, por observarme en esas mercancías que se convierten en fetiches, porque de alguna u otra manera, todo lo que tengo en mí y fuera de mí, es un pilar que me construye y me sostiene.

Mentí un poquito al inicio de esta historia, bueno, no tanto. Ya no guardo recortes de mis cantantes favoritas, y no es como si los libros que se fueron no los tenga guardados, los guardo en mí al igual que guardo las canciones y las sensaciones que ellas me provocan, guardo en las experiencias vividas, que hacen que se me ponga la piel chinita cada que escucho, releo o recuerdo. Ya no guardo los recortes de mis cantantes favoritas porque mi cuerpo se hizo cargo de registrar cada partícula de mi experiencia con sus canciones. Están y se van cuando tienen que irse, quizá los frasquitos de shampoo un día se vayan, quizá un día deje de observar credenciales para recordarme, quizá la misma alberca en la que sigo nadando, me reclame una segunda pulsera. Diosita quiera que, por favor, esta última, no.

## **El vals de la nostalgia que culmina en una lagrima gorda**

### Introducción

Hace un año, exactamente a estas horas vespertinas de un 6 de marzo de 2018 me encontraba esperando que salieran los camiones que nos llevarían a Chiapas, al primer encuentro internacional político, artístico, deportivo y cultural de mujeres que luchan. La cita era en la gozadera a las cuatro, pero la mala organización nos obligó a esperar hasta la media noche de ese día y las, quizá más de quinientas mujeres, que íbamos en caravana y que en caravana nos parábamos al baño de alguna gasolinera en el camino, nos hicieron tener un viaje de al menos unas veinte y seis horas con todos sus minutos atascados de calor que escurrían a cada segundo la gota gorda del sudor. Éramos al menos unas cuarenta morrillas que viajábamos en uno de esos camiones y en el que nuestras primeras luchas se tornaron en abrir con pies y manos las ventanas que estaban selladas desde la creación del autobús mismo; a las aventuras le seguían la búsqueda del agua, la comodidad, el airecito, la platiquita, y al final, la búsqueda del camino y la insistencia de las coordinadoras del camión por mantener al conductor despierto quien, por cierto, me llegó el chisme después, confesó que no había dormido en setenta y dos horas pues había hecho antes otro viaje a Acapulco.

Nos enteramos de esto mientras ya corrían las malas noticias de que quizá estuviéramos tomando un camino equivocado, o sea, de que estábamos perdidas. Para acabarla de amolar, el camión transitaba en medio de la carretera a la dos de la madrugada del ocho de marzo 2018, envuelto en un ambiente nocturno, cálido como el cielo del infierno y de fondo se oía, a todo volumen para mantener atento al conductor: una música pshyco trance muy, muy, muy de esas que te ponen los nervios de punta. De verdad que oí a alguien gritar: “¡Ya por favor dígnanos dónde estamos o si ya vamos a llegar!” y la voz contagiaba angustia y ansiedad. O era yo.

## Preludio

Me he pasado el día recordando como ha sido mi seis de marzo del año pasado, cómo lo viví, cómo lo recuerdo, qué sentía, por qué lo sentía. Me he pasado el día tratando de re-sentir lo que sentía, porque ese año fue un año que me llenó la piel de sensaciones, y recuerdo por referencias virtuales palpables, lo que hacía, por ejemplo, a las veinte horas el seis de marzo, del 2018. Estaba esperando sentada en el suelo de la gozadera, resignada a que hicieran de mi viaje lo que quisieran, pero optimista, quizá deba decir paciente, como muy pocas veces en la vida he sido.

I

Me gusta recordar e intentar traer esas memorias a mi cuerpo. Me imagino a mis memorias atendiendo al llamado de mi nostalgia y llegando, primero, a los vellitos más altos de mi cuerpo, después buscando los poros más abiertos y entonces sí, cuando entran, las imagino diciendo: “a ver, esta muchacha ha llamado con urgencia para que le hagamos sentir algo, algo parecido a lo que ya sintió... ¡busquen rápido el lugar en el que nacieron!” Y entonces el lugar se reactiva, pero por poquito tiempo, y yo siento lo que sentí, pero por poquito tiempo, incluso todavía menos tiempo que el tiempo que sentí la primera vez, que también fue poquito.

II

El otro día pensé en una alberca no tan grande como en la que nado; en la que nado puedo cansarme aun cuando no llego a la otra orilla, esta era un poco más pequeña y no me cansaba ni yendo de orilla a orilla diez veces, esta era un poco menos luminosa y tenía su agua caliente y así no se puede nadar, esta era un poco más particular, podía nadar dentro de ella desnuda y también desnuda dentro de ella.

III

En la alberca en la que nado, nado sola, aun cuando la gente va nadando a lado de mí, aun cuando siento rozar el brazo de la que va atrás con mi pie. Aun cuando me preguntan la hora o me dicen “creo que se le salió su cabello de la gorra y no se ha dado cuenta” y yo, aunque lo único que puedo pensar en ese momento es en cómo esa persona ha hecho énfasis en el “usted”, respondo “mi cabello es corto, no alcanza a estar dentro de la gorra” después pienso que se habrá sentido timada por el chongo que me sobre sale de la gorra que además es especial para cabello largo

¿tengo que explicarle que una parte de mi cabello es corta y otra larga? ¿Cuántas explicaciones al día tenemos que dar? ¿Cuántas explicaciones no doy porque las creo innecesarias? Seguro la gente piensa que soy muy grosera.

IV

Hoy, mientras nadaba boca arriba y recargada como si estuviera en un sillón reclinable, miraba el movimiento de mis piernas que se veían más bien como masas de carne distorsionadas, transfiguradas por el agua. En el espacio se escuchaba una música fea que no lograba escuchar bien porque el agua cubría mis orejas, y entonces escuchaba el sonido del agua que chocaba contra sí cuando mi pierna derecha la empujaba hacia adentro y golpeaba al agua que mi pierna izquierda empujaba también hacia adentro, y eso era lo que yo oía y veía, era como ver un mar chiquito alocado, o era como ser una gigante y verlo desde dentro sin sentir peligro. Después me distraje pensando que a la alberca la habían afeado las decenas de monigotes que le colgaron por todos lados, no por ser monigotes de marvel y esas películas, sino porque todo se ve muy atiborrado y no es agradable a la vista. Luego otra vez las masas, las masas transfiguradas que eran mis piernas, las veía: una arriba y otra abajo, una arriba y otra abajo. No dejo de pensar en los monigotes ¡ay! de verdad que cómo me puede la organización en los espacios.

V

El ocho de marzo del año pasado me desperté aproximadamente a las cinco y media de la madrugada, o debo decir, el dolor de mi cuerpo me alarmó para despertar. Estaba dentro de una casa de campaña en medio de otras mil más, y en medio también quizá de unos dos grados de temperatura ambiente, quizá exageré, pero esa ocasión le dije, entre sueños a la amiga que dormía junto a mí: voy a morir de frío. Y de verdad lo sentía, así que en cuanto pude, me levante para caminar y calentar el cuerpo. El panorama lucía más tranquilo que mis exageraciones, había muchísimas mujeres ya en movimiento, algunas tomando cafecito, algunas platicando, otras preparando guitarras, amplificadores. El sol apenas y brillaba por sobre los hombros de cada una.

## VI

Hoy es ocho de marzo y me alisto. Pienso en las circunstancias que no me hacen estar en Chiapas esta ocasión, pienso si seré muy egoísta al pensar que prefiero el viaje largo, las compañías largas, las caminatas sola y entre multitudes. A veces, quisiera ser un poco más radical como las compañeras, a veces quisiera ser un poco menos ególatra. El encuentro de mujeres de este año se canceló porque las mujeres zapatistas así lo decidieron, porque hay un mundo bello en manos de gente terrible y a cada una le toca defender su espacio, un espacio, el espacio, la vida, los árboles, el agua, las flores, las niñas y los niños.

Y yo pienso: prefiero un viaje de veinte y seis horas para llegar a ser yo y nadie al mismo tiempo, en un lugar en donde puedo sentirme segura, prefiero ese viaje idílico que se rompe, pero no de inmediato, se rompe poquito a poquito, se rompe desde que empieza. Como el cascarrón que se rompe de a poquito con el martilleo del piquito del polluelo que está por nacer. Estoy cansada de tener que vivir todo tan rápido, de que la mayoría de mis vivencias sean fugaces, no quiero un encuentro al que pueda llegar en una hora y al otro día yo ya esté en casa. Pienso: no quiero ser tan radical, estoy bien así. Pero qué difícil es empatar la conciencia social con las acciones cotidianas.

## VII

Asisto a la marcha del ocho de marzo de la ciudad de México, está llena de hombres, hombres que gritan fuertemente sin dejar que nuestras voces se escuchen. Llevo diez años de mi vida asistiendo a concurrencias colectivas como esta, ya no quiero ir a más marchas, y al mismo tiempo me acongoja no asistir. Me derrota a cada segundo, saber que somos personas diminutas en un mundo implacable que se alimenta de cegar nuestra mirada a la otra, al otro. Hablo de una mirada de verdad, de una mirada profunda, una que de verdad tenga el deseo de mirar(nos).

## VIII

Primero, mis ojos encuentran colores opacos, saben por qué la opacidad de ellos. Después, llegan los pilares, expulso con tristeza las palabras que se me venían anudando durante el recorrido, porque los colores son opacos, se opacaron, y no puedo hacer nada. Al último, hay cuerpos que impactan mi presencia, mi espacio,

mi vida, mis árboles, mi agua, mis flores. Me sostengo, me derrumbo, pero me sostengo.

IX

Quiero un cuerpo que no pueda ser vulnerado de ninguna manera, pero como sé que no se puede, quiero al menos un cuerpo que no pueda ser maltratado, quiero un cuerpo que pueda compartir con otras que tengan un cuerpo que no pueda ser maltratado, de ninguna manera. Quiero un cuerpo fuerte y sensible como un roble, yo tengo un cuerpo fuerte y sensible como un roble.

Pienso en los días, las noches, las horas de los primeros meses de hace un año, pienso si aún habrá reminiscencias, me pregunto si aún viven en la contraparte y luego recuerdo la pila de rituales que me aventé para des-significarlos, para que esas reminiscencias estuvieran en dónde pertenecen. Y lo sé, lo siento en mi cuerpo, lo puedo palpar. Ya no existen allá y aquí, en complicidad. Solo existen allá, por su lado. Y existen aquí, para mí.

X

Sigo pensando en los días que viví hace un año, a veces me pesan menos, a veces me pesan más. A veces los siento menos, a veces los siento menos.

## Árbol

Mi mamá me cuenta la historia de cómo cuando era pequeña y me llevaba de la mano por la calle, me emocionaba mucho al observar mi entorno. Me cuenta que me gustaba jugar con gises, que dibujaba en el piso lo que veía. Qué bueno que me lo cuenta porque yo no lo recuerdo del todo. “Te gustaban mucho los árboles, tu primera palabra fue esa, árbol”.

Ayer platicaba la historia de cómo fue que me operaron de un ganglio que obstruía mi garganta cuando tenía tres años, de esa vivencia sí recuerdo algunas cosas, cosas como: la enfermera diciéndome que voy a contar hasta diez y me voy a quedar dormida, yo contando hasta diez y cerrando los ojos para que la enfermera piense que sí funcionó eso de contar hasta diez para quedarme dormida pero fingiendo porque aún escuchaba voces a mi alrededor; globos en la sala quirúrgica porque era mi cumpleaños; dolor en cuello y cabeza, recuerdo abrir los ojos y estar rodeada de pequeños barrotos metálicos, después, unas pantuflas de alguna personaje con moñitos rosas y nariz negra muy ancha; yo, diciendo: papá, con algún tipo de voz de niña de tres años y mi papá respondiendo de inmediato a mis movimientos corporales.

Ahora rememoro palabras pasadas que aún están en mí y me siguen construyendo, aunque no las recuerde, aunque yo ya no las quiera o las necesite, o, aunque a veces piense que las quiero o las necesito. Y aunque veces sienta que sí las quiero y sí las necesito.

También tengo palabras que se me anudan dentro, tengo palabras que se me empolvan, que se me agrietan, que se me secan. Tengo palabras que quiero decirte, pero no las digo porque son círculos viciosos en pausa. No tengo una palabra favorita en especial, las palabras en contextos pesados se me vuelven anclas al cuerpo que llevo conmigo.

## Tuya siempre

I

A los catorce años conocí a mi primera novia, ella tenía diez y siete y era emo-punk. Era dos mil seis, pululaba la música emo y los flecos en la frente y todas esas cosas de emos. Lo único que hacíamos era besarnos y escribirnos cartas, a partir de ahí me volví una buena besadora, porque escritora ya era, aunque fuera nomas de mi diario.

II

Mis siguientes relaciones fueron, no sé cómo decirlo, ¿inciertas, quizá? Desde que recuerdo he sido curiosa sobre las formas del amor, quizá porque desde pequeña no encontraba coherencia entre lo que se decía sobre él y lo que se hacía a su alrededor. Entonces pensaba mucho sobre cómo era, por qué era así y qué sucedía cuando una se enamoraba. Tiene bien poquito que me di cuenta de que en la mayoría de mis relaciones denominadas *de pareja* pasé más bien por caminos en los que aprendí cómo relacionarme con las demás y también cómo no quería hacerlo.

III

El amor ese que me gusta tanto, ese que, aunque no me guste su nombre y a veces sienta repulsión hasta por escribirlo, me hace sonreír casi eufóricamente cuando veo a alguien a quien quiero y sé que me quiere. Esa cosa que se vuelve un proceso que, juntado con otro proceso autónomo, logran embonar bonitamente. Ese que hace hot cakes bonitos y que te da besitos por la mañana. Ese que te escucha y a quién también escuchas porque te importa. Las mujeres que yo he amado, desde el verbo y no desde la palabra, se me han vuelto mares quietos que sigo contemplando y amando.

IV

Extraño a las mujeres que amé, extraño a las mujeres que amo. Hay una cosa bien chistosa que una vez leí en el horóscopo: *cáncer siempre va a querer a las personas que amó en algún momento*. Muchas veces pienso que esto de los horóscopos es una mamarrachada hasta que ya no lo es, hasta que de verdad me doy cuenta de

que sí, yo voy a querer siempre a las mujeres de las que me enamoré. Son las aguas que no quiero olvidar nunca. Extraño a las mujeres que amo, pero no soy infeliz sin ellas a mi lado, porque me tengo a mí completa.

V

Las relaciones que tuve hace un tiempo siguen en mí, pero ya no conmigo. Las relaciones que tuve hace un tiempo aun me duelen, aún me enseñan, aún las siento. Algunas me han hecho escribir más que otras, algunas me han hecho reír más que otras. Algunas me han dolido más que otras.

Llevo cuatro o cinco años escribiendo sobre amor romántico, leyendo y desaprendiéndolo para que no duela tanto. Llevo este tiempo aprendiendo y aprehendiendo mejores formas de quererme y de querer. Justo ahora no deseo estar en una relación con nadie más que conmigo misma y me encanta que todo mi tiempo es para mí, hasta mi tiempo libre. De las mujeres que amé no puedo hablar con todas, pero sigo aprendiendo de ellas. Y con quienes hablo aprendo que no tenemos que borrar las relaciones que hemos construido solamente porque han terminado y así también lo dicta el amor romántico.

*No importa si no venís conmigo, este viaje es mejor hacerlo sola, yo te voy a recordar todos los días porque un amor así nunca se olvida*

<https://www.youtube.com/watch?v=BjVXUqy7oGw>

## Magia

I

Ayer soñé que tenía una hija, no sabía muy bien de dónde salía la niña porque mi cuerpo no presentaba ningún indicio de parto. Entraba caminando al hospital, después a un cuarto, y en una cama grande había dos bebés acostadas. “La de la izquierda es tuya”, yo volteaba a verla y en ese momento ella abría los ojos, eran grandes y su piel era morena, tenía el cabello negro y estaba envuelta en una cobijita blanca. Alrededor estaba mi familia, mi mamá, mi papá y mis tías. “Se llama Ariadna”, y yo sentía una mezcla de confusión y coraje porque a mí nadie me había pedido mi opinión para nombrarla; la tomaba entre mis brazos y podía sentir su cuerpo mucho más largo de lo normal para una recién nacida, estaba rígida. Una de mis tías me ayudaba a acomodarla y entonces la veía: su cabeza apretada contra mi pecho, su piel era muy suave y sus cabellos estaban pegados a su frente por los fluidos que aún permanecían en su cuerpo. Yo la veía y pensaba en todo el trabajo que me esperaba y me sentía derrotada, me sentía triste, confundida, atrapada; pensaba en las cosas que ya no podría hacer porque entonces tendría que cuidar a la bebé y sentía ganas de llorar, pero no lo hacía. Después de un rato alguien venía por ella, yo no sabía quiénes eran, pero al parecer también eran su familia y veía que un hombre se la llevaba en sus brazos y mientras bajaba unas escaleras volteaba su mirada hacia mí, sus ojos eran extraños, tenía una mirada entre frívola y burlona y yo sólo veía como se alejaba. Pensaba, entonces: si se la llevan no tengo que cuidarla tanto, si se la llevan puedo hacer mi vida como quiero, quizá puedan quedársela algunos días, pero en ese momento algo recorría mi piel y sentía dolor y tristeza, no podía dejar que se la llevaran así nada más. Después de un rato, entre angustia e impotencia quería gritarle a mi papá, a mi mamá y a mis tías por la bebé. Les reclamaba que ni siquiera podía recordar su nombre para preguntar por ella porque no había sido yo quien la había nombrado, sino ellos.

II

Ayer soñé que mi familia tenía que mudarse completa a una casa que era de nosotras pero que por alguna extraña razón no habíamos habitado. Antes de hacer la mudanza, llegábamos y revisábamos que todo estuviera en orden. “El tercer piso

tiene tres recámaras, aquí pueden dormir ustedes” nos decía mi papá a mis hermanos y a mí. “Tú, debes tener cuidado de no molestar cuando pases por aquí” me decía a mí porque en la recámara que yo iba a ocupar vivía alguien más, entonces tenía que pasar sin hacer ruido. Era un espacio habitado ya, amueblado ya. Después bajaba las escaleras, entraba a un baño precioso, era enorme, más grande que mi recámara y estaba todo tapizado de azulejo de cuadritos minis de color amarillo. Lo más hermoso era que en el centro había lo que parecía ser una alberca armable a la que por supuesto me metía y empezaba a llenar de agua, mientras eso sucedía yo llamaba a mi hermano para que viniera a ver esta maravilla, pero, cuando regresábamos la alberca estaba completamente seca y el piso era más o menos suave, como que tenía una alfombra de toalla. Yo me acostaba en ella y pensaba “la toalla lo absorbió todo”.

### III

El jueves, saliendo de un taller, iba caminando de regreso a mi casa, transitaba por el metro y encontraba muchas referencias a mi alrededor que me hacían sentirme libre, segura, completa. Platicaba por nota de voz con una amiga, cuando divisé a mi lado que un señor me observaba, traté de desacelerar el paso para dejarlo ir y seguir caminando tranquila, pero él también iba pendiente de mí. Así que guardé mi celular y caminé atenta. Él volteaba cada tanto para revisar que fuera tras él, a la hora de bajar las escaleras para transbordar dónde yo tenía que hacerlo me detuve y vi que el siguió, pero después volteó y se regresó para tomar el camino de las escaleras. Él ya me había perdido de vista, pero yo a él no; desde arriba pude observar que volteaba buscándome, pero la gente obstruía su vista en mi búsqueda. Me quedé parada y después comencé a bajar; cuando llegué a los andenes los busqué y me quedé en un puesto mientras veía que él tomaba un convoy. Yo esperé a que se fuera y me acerqué para continuar mi trayecto. Cuando entré al vagón me senté y me di cuenta de que no traía mi libro, un libro que traía bajo el brazo desde que bajé de un convoy para transbordar a otro. Busqué por todos lados, pero no estaba. Busqué diez veces la misma bolsa que traía, regresé al puesto donde me había quedado parada para cerciorarme de que no lo hubiera dejado ahí. Regresé dos estaciones y no estaba. Al salir del metro ya chispeaba, el camión que

normalmente tomo de base no estaba. Me quedé cinco minutos bajo la lluvia esperando a ver si llegaba alguno. Al final decidí tomar otro transporte en el que no podía irme sentada, total, ya se me había perdido un libro que no podría leer para aminorar el camino. Mi camino de ese día tenía que ser largo.

#### IV

Creo que la construcción de religiones y de la mujer y su papel, desde la cultura occidental en la vida ha sido injusta. Sin embargo, creo que tener de nuestro lado a todo lo abyecto es a veces más rico que tener de lado todo lo conservador. ¿Por qué nosotras querríamos ser seres sumamente objetivos y racionales? O al menos pretender ser, porque no conozco a seres humanos que no estén atravesados por la subjetividad o la irracionalidad, son características intrínsecas de nuestra especie. La diferencia es que nosotras vivimos con el *permiso* de serlo. De ser abyectas porque el mundo nos observa desde esa construcción. Por supuesto, no quiero decir que no seamos objetivas y racionales, sólo considero que la misma construcción cultural nos otorga un panorama de mayor número de posibilidades con la magia, con la casualidad, con los sueños y con las invocaciones.

También creo que la mayor parte de las religiones y el top está en la creencia a seres masculinos o en la alabanza a ciertas religiones. Pero creo que también existimos personas que no sólo observamos a las religiones desde arriba, es más, estoy segura de que existen mujeres que pueden observar, crear, pensar, sentir y creer a la Virgen de Guadalupe como una sola imagen, aunque esta misma se haya derivado de la religión católica y como construcción de una herramienta de control para la colonización de América Latina. Así como la mayoría de las vírgenes, que existen. La virgen de Fátima podría ser también un gran ejemplo contemporáneo, la adoración a ella. Incluso la adoración a la santa muerte.

Yo no sé, pero hace mucho tiempo que aprendí a invocar las cosas que quiero, a hacer magia con las palabras dichas, enunciadas, las sentidas, las incrustadas, porque decir las palabras que tenemos dentro es importante para no encarnar enfermedades. Yo llamo al cielo, yo pido al agua. Y sucede.

## **Cacaloxochitl**

Estaba revisando el códice De la Cruz-Badiano, buscaba una planta nueva para mí, una ilustración que pudiera identificarme. Revisé el capítulo decimo “remedios contra el miedo o micropsiquia”: cacaloxochitl, nombré común: flor de mayo. Revisé en mi celular la fecha: primero de mayo. De verdad que amo las coincidencias así de pequeñas.

### **4 horas antes de coincidir con la flor de mayo**

Le platicaba a la psicoanalista que parece que estoy plantada en un espacio de mi vida en el que tengo mucho miedo, miedo de todo, miedo de no ser suficiente, miedo de no ser capaz, miedo de no hacer bien las cosas, miedo de que nadie me quiera, miedo de no ser nadie. Le pregunté si podía grabar mi sesión, y la noté incómoda al preguntarme para qué querría hacer algo así, entonces le dije: tengo muy mala memoria y estos soliloquios míos a veces me sostienen, me refuerzan, a veces digo cosas que no había pensado y necesito asirlas, dije. Necesito escucharlas para ir borrando mis miedos de a poco.

### **Hoy (origen)**

Dicen las psicólogas con las que he ido que hay mucha culpa. En mí, pues. Que hay trabajar desde el por qué la tengo hasta por qué se construye y cómo. Y entonces pienso en cuáles fueron las cosas que me dijeron que estaban mal cuando era pequeña y por qué las interioricé así: “nunca pidas nada” “no hables con extraños” “no hagas sentir mal a los demás” “no agarres lo que no es tuyo”.

“E s o n o s e h a c e”.

### **¿qué es el origen?**

Tengo muy pocos recuerdos de haberme construido mediante la experiencia una imagen genérica de lo que “está mal”, sin embargo, tengo muchas referencias, externas a mí, sobre aquello que mediante mis percepciones sentía que estaba mal. Desde muy chiquita he pensado que está mal hacer sentir mal a las personas, mentirles, engañarles, burlarles. Estoy pensando ahora mismo que mucha de mi construcción del mal está cimentada en la educación católica que recibí. En las misas de domingo la gente de la iglesia nos metía mucho el discurso sobre los diez mandamientos y todo eso. Creo que sí los aprehendí bien.

Es horrible ahora que me cuesta mucho trabajo safarme de las culpas; entre muchas otras experiencias tengo unas que me pesan más por la culpa que por el hecho mismo de haberlas disfrutado, y eso me complica mucho la digestión de estas. Me refiero a la reflexión o hasta el sobre análisis que hago de las cosas que me resuenan demasiado. Me cuesta mucho trabajo soltarlo, la autocompasión que le llaman, o el autocastigo. Bien católicos los dos. La verdad es que sí estoy un poquito harta de eso.

**No hay conclusión, todo continúa**

Estoy buscando flores, plantas. No sabía que la palma o palmera no es un árbol, es una planta. Una vez leí una viñeta en dónde hay dos pajarillos:

-“Sé que te has estado sintiendo pequeño e insignificante pero piensa en esto: cada una de las semillas contenidas en este cono puede convertirse en un inmenso árbol”

-...pero no soy un árbol, o una semilla, y nunca seré inmenso

-No, pero cada vez que comes una semilla, ¡es como si te estuvieras comiendo todo un árbol

Y las palmeras son plantas inmensas, cuando siempre consideramos que las plantas son más pequeñas que una, desde una experiencia citadina, claro.

Estoy buscando plantas, flores, árboles. Verdes. Porque tengo culpas que me habitan desde acciones que fui y quebrantaron lo que yo creía que estaba bien, o que me empataron con lo que yo creo que está mal. Estoy buscando plantas, flores, árboles, verdes porque sí creo en la magia curativa de las plantas, del agua y de la vida. Y entonces la flor de mayo vino a caer como un abrazo.

I

La otra noche lloré poquito porque sentí que me caía, porque sentí que me deshacía mientras caía. Esa noche pensé en ya no compartir mis fotos del mar, y pensé que una foto con mi presencia en él quedaría como buen final, pero hoy pienso otra cosa.

ayer, después de esa noche, caminé entre los edificios que me guardan una imagen de la vida, son edificios que habito. En ese momento el sol vivía muy fuerte sobre mí, y sobre todos los coches que transitaban y me hacían imposible avanzar

mientras el sol se desvivía por derretirme. qué de mal humor me pone sentir calor, pero estaba absorta con los edificios. sólo esperé a poder avanzar. Mientras, pensaba en los edificios que me habitan, en las canciones que me sostienen, en la memoria que no se rompe. sentí correr una gotita de sudor sobre mi espalda, sobre los vellitos, sobre esa curvita que tenemos.

Y pensaba en el tiempo que se había escrito en esos edificios, pensaba en las maravillas de lo que sucede, lo que sucede es el tiempo, y el tiempo es el que se queda en esa memoria que no se rompe.

Luego de varias horas, salí del metro y el piso estaba mojado de lluvia, y yo estaba mojada de calor. Me hice consciente entonces de que, aunque el calor es insoportable también moja, es una contradicción que me confunde poquito.

Y así con la confusión caminé sobre el piso húmedo. Voy por un libro que quiero conseguir porque es agua pura, y habla sobre agua y nadar y más agua. Al llegar me percaté que al otro extremo de la presentación del libro agua, hay una nadadora, hablando sobre lo que hace. Nada. Ella nada. Y en medio estoy yo, y estamos yo y el piso mojado. Y vuelvo a pensar que soy agua. Me dan ganas de decirles a las implicadas la hermosa conexión que sucede, pero sólo la contemplo.

II

Después pienso en las complicaciones de la eternidad, pienso que las fotos de mis mares son instantes, bien cliché. Pero son mis instantes, son mi memoria que no se rompe. Ayer tuve un lapso de loops en donde la consciencia me jalaba más al piso que la gravedad. Caminaba demasiado a prisa, como siempre. Pero pensaba, aparecía. Aparecía el momento, el suceso maravilla, la memoria no rota. Y yo era esa bola de conciencia deslizándome por la ciudad.

III

Agarrada de los edificios que me atraviesan, de las palabras que me dibujan la memoria, me imagino que si pudiéramos observar nuestros recuerdos estaríamos llenas de conexiones brillantes que se comunican con nuestra memoria no rota.

Y entonces pasa: al salir del metro, otra vez, se me imponen los edificios que me atraviesan tan rápido que las maravillas pasan de ser recuerdos móviles contemplados a memorias no rotas que me dan risa, no de la risa que burla, más



bien de la risa que hace presente al cuerpo. A mi cuerpo de su loop entero consciente, la presencia de mi memoria no rota.

Y me río, ahora sí un poquito en burla y también en agua, de mis conclusiones con respecto a mis mares. Los mares son míos, las aguas de estas fotos me pertenecen, me hacen, las aguas que acá pongo son mías, las aguas lloradas, las aguas sudadas, las aguas esparcidas, las aguas que caen, las aguas que permanecen, las aguas que unen. Las aguas que conectan.

Esa noche que le sucede a mi ser lleno de consciencia, es la noche en que lloro poquito porque si no luego qué agua lloro.

### **-Palabras- durmientes**

Creo que la escritura en este proceso es mi andamio. A veces pienso en todo lo que he escrito, en dónde lo he escrito y por qué. También me pregunto si hay un para qué, si debería publicarlo al menos en mi blog, el cual tiene al menos una entrada al año, pero a veces me siento insegura de mostrar lo que soy, lo que pienso, lo que tengo dentro y me da miedo que alguien más lo lea. No sé por qué, incluso me pasa con otras cosas, no me siento segura de publicar lo que hago, pero hay una parte de mí que en verdad quiere hacerlo, al final mis otras ocupaciones le ganan el tiempo a mis publicaciones y mis escritos se quedan en la computadora, en hojas sueltas, en cuadernos que escojo especialmente para escribir.

Pienso que ahora, al final de estas escrituras bellas en dónde me busqué a mí misma aparte de encontrarme a mí, encontré a otras que no conocía o no que no quería conocer, también plasmé otra parte de mí que no quería materializar, pero sirve, sirve sacar y desaguar todo para que no se pudra, para que no se encarne en enfermedades.

I

En estos días en los que las nubes son grises de un lado y blancas de otro, en estos días en los que el cielo a veces parece una masa congelada de mugre y a veces parece un hermoso borrego rodeado de azul. Camino, camino con miedo a veces, lo sé, lo siento, lo siento por mí, por mi cuerpo que no lo merece ¿pero qué es merecer y quién establece la pauta de lo que debemos merecer? Camino y escucho las canciones que me atraviesan sin avisar: las notas, las letras. ¿Cómo puedo dejar ir los miedos con los que he caminado estos cuatro meses -y otros meses más-? ¿con qué voy a caminar después? ¿de dónde me agarro para construirme desde cero? ¿desde mí? ¿y si no estoy lista? ¿y si me caigo porque me agarré de mí, pero mí no estaba lista? Quiero pensar y sentir que las cosas que hago no me van a perjudicar. Quiero pensar y sentir que no me voy a arrepentir después de decir las palabras que digo, que regalo, que comparto. O de las que no digo, porque a veces también me cierro y pienso que soy yo el contenedor de palabras que se me guardan pero que no florecen.

## II

Quiero que las palabras que me florezcan crezcan, quiero que las palabras que yo soy se reflejen en mi rostro, en mis manos, en mi cabello y en mis ojos. Las palabras que soy y que correteo por ahí cuando voy caminando y las veo dar la vuelta en la próxima esquina y corro tras ellas porque las veces anteriores no corrí, porque creí que las volvería a ver, pero no sucedió. Yo escucho decir a Magally: no estoy cansada ni me aburre que me hables de esto o lo otro, y escucho decir a Inés: quizá todavía no estás lista. Y escucho a Mariana escucharme. A veces se me desgarran la lengua cuando las palabras que no tienen permiso quieren salir despavoridas a sus oídos. No, las palabras no son siempre para todas, ni siquiera para mí, por eso las saco. Y entonces llamo a la terapeuta, y ella tampoco dice mucho, pero escucha y además es nueva escuchándome, no ha oído todo, entonces no se aburre ni dice cosas como “no estás lista”. Estas palabras que se me incrustan pronto serán un mar seco lleno de vida que se extinguió.

## III

En un mes es mi cumpleaños, exactamente en un mes con un día porque a mayo le queda un día más en treinta y uno, pero eso es lo de menos, ese día son las horas que me quedé parada bajo la regadera cuando se terminó el agua y tuve que terminar toda enjabonada, ese día son los minutos que decidí no avanzar en la alberca únicamente para observar correr el agua, o pasar, o existir. O existir ahí dentro, sin ser, porque ahí dentro somos agua sin ser nada. Soy esa agua que se nos escurre en la piel, soy esa foto que se me presenta mientras uso mi antebrazo recargado en un borde de la alberca para no hundirme. Soy esa canción que nunca puedo recordar completa. Ese día que le sobra a mayo, son los minutos que te pienso y a veces son los minutos que te extraño, ese día que le sobra a mayo son las horas en las que recuerdo que sí existes, pero de preferencia, no.

En un mes cumplo 28 años. En un mes con un día porque a mayo le agregaron un día para que pudiera ir a pedir una prórroga para la tesis. En un mes cumplo 28 años y ahora estoy más llena de trabajo como no lo estuve antes. Y me pienso si estoy haciendo bien las cosas y entonces camino y camino y camino, camino a

veces con menos miedo. Las cosas que un día dije ser reales son ahora recuerdos, pero son reales, las que voy a decir o las que voy a pensar o las que voy a sentir son reales. Este día de mayo son los minutos que me permito tener miedo al día, o sentir tristeza o coraje o repulsión, son las palabras que se me escapan y se me pierden, son las miradas que no me miran y las llamadas que no entran. Este día de mayo, son las flores y los tés y las aguas y las albercas y las canciones y los chocolates y las risas y las coincidencias y las tomas de conciencia que me hacen ser más yo, que me jalan más a la tierra y que me permiten seguirme construyendo como soy, como quiero ser, con todo y miedos. Y este día de mayo que está de más, son las veces en las que siento, cada vez más cerca, que puedo tener y ser y alcanzar lo que quiero ser y voy siendo. Y entonces, sé que sí, voy rumbo a donde quiero ir, con algunos dolorcitos y con algunos huequitos que se me van restaurando solitos, pero voy pa' donde quiero ir y aunque veces es difícil, trato de asirme de mí. Y decido que quiero que el agua sea mi andamio, decido que las cosas que me sostuvieron un día no son las que me sostienen ahora, pero las llevo conmigo y las abrazo en vez de arrastrarlas. Decido que la persona que escribía hace cuatro meses no es la misma que escribe ahora, pero sigo siendo yo.

Compilación de ejercicios escritos para el taller virtual *Talladoras de Palabras* organizado por Documentación y Estudios de Mujeres A.C. (DEMAC) en la Ciudad de México de enero a mayo de 2019.